

BERLÍN

Una ciudad en la encrucijada

Carlos Sambricio

Ninguna otra ciudad puede simbolizar mejor las convulsiones del siglo pasado. Punto de encuentro de las vanguardias primero, más tarde sede del régimen que desencadenó la mayor guerra de la historia, eje de la frontera que dividió al planeta en dos durante la guerra fría... Berlín intenta ahora renacer como capital de una Alemania reunificada políticamente, pero que aún no ha conseguido resolver importantes contradicciones.

Han pasado quince años desde que, en la noche del 9 de noviembre de 1989, los habitantes del Berlín Oriental superaron los controles de policía y pasaron, sin problema alguno, al sector occidental de la ciudad. Soy de los que todavía creen que nos han contado una historia a medias, que cuanto pasó fue más complejo de cuanto siempre se nos ha dicho: quizá un día sepamos las causas por las que los dirigentes de la DDR cambiaron súbitamente su política. Porque aquel Berlín, no lo olvidemos, ni formaba parte de la República Federal ni era tampoco sede del Gobierno de la República Democrática Alemana: era, simplemente, una ciudad-isla; distante casi 300 kilómetros de la aduana occidental, dividida en cuatro sectores militarizados y donde, a comienzos de la década de los sesenta, el Gobierno de la DDR decidió levantar el Muro.

Visitar el Berlín del Muro, la ciudad dividida, era —a comienzos de los setenta— complicado tanto para quienes pretendían acceder a la ciudad por carretera como para quienes optaban por la vía aérea. En

el primer caso era preciso realizar un largo y tedioso paso de frontera en puntos concretos y específicos, por cuanto que las fronteras entre las dos Alemanias están situadas en contados puntos. Se accedía a Berlín por la autopista que la unía a Hamburgo, por la trazada en las inmediaciones de Hannover o desde las que comunicaban Múnich con Dresde y Leipzig. Allí, unos meticulosos *VOPOs* (*Völkspolizei* o Policía del Pueblo), pertenecientes a la división de fronteras, revolaban lenta y pausadamente todo cuanto contuviera el coche, durante una hora larga, buscando localizar no se sabe qué.

Concedido el visado de tránsito, el conductor era conminado a no detenerse bajo ningún concepto en la carretera, dado que, se informaba, aviones y helicópteros vigilaban el cumplimiento de la regla. Quebrantar la orden, se insistía, estaba penado con cárcel, con lo que el miedo a pinchar o a cualquier otra avería se convertía en agobiante temor durante el trayecto. Y cuando, tras haber recorrido 300 kilómetros, se llegaba a la fronte-

ra del Berlín Occidental, un nuevo control, más duro y estricto si cabe que el primero, volvía a registrar el vehículo buscando lo inverosímil. Y todo ello porque Berlín era una isla.

Decir que Berlín estaba dividido por el Muro es decir poco. A modo de ejemplo, los planos de ciudad (o las guías de arquitectura) editados en uno u otro sector voluntariamente ignoraban cuanto ocurría en el otro sector: las calles cortadas por el Muro se representaban sólo parcialmente; monumentos de primer orden eran ignorados al no estar en la zona donde la guía o mapa habían sido publicados, y la población vivía —superado ya el trauma del levantamiento del Muro, y ello tanto a un lado como al otro— con absoluta despreocupación, conscientes de que nunca jamás las cosas cambiarían.

Visitar Berlín, aquel Berlín, era como trasladarse a un pasado del que teníamos constancia pero que nunca habíamos vivido. El sector occidental había sido restaurado de manera más que crítica, recurriéndose en los primeros tiempos de la posguerra

a una arquitectura cuanto menos banal, que chocaba con los testimonios de un pasado anterior. Las propuestas de Max Taut o los proyectos de Scharoun, en la inmediata posguerra, quedaron sólo en el papel escrito, no coincidiendo la política de la *wiederaufbau* (de la reconstrucción de las zonas destruidas) con lo apuntado en aquellos planos. Si primero fue la crisis del bloqueo de la ciudad —donde el aeropuerto de Tempelhof se convirtió en centro neurálgico al que cada minuto llegaba un avión con suministros, rompiendo así el bloqueo impuesto—, tras la construcción del Muro, en agosto de 1961, el sector occidental de la ciudad se fue consolidando y las ruinas dieron paso a nuevas edificaciones.

Si esto sucedía en los sectores aliados, en el Este la ciudad se presentaba al visitante (pocos, muy pocos atravesaban de nuevo la temida frontera) como una sorprendente momia donde las ruinas (tanto los restos arquitectónicos del XIX como los testimonios de la República de Weimar) se mostraban con el orgullo de quien se sabe valorado y reconocido.

Inaugurado en el año 2000 en Kemperplatz, el Sony-Center acoge en la actualidad las oficinas centrales de Sony en Europa. Siete edificios rodean el foro, concebido por Murphy&Jahn como una gran plaza elíptica rematada por una cubierta radial central.



El Checkpoint Charlie, en la Friedrichstrasse, constituía un puesto de paso obligado para los coches que querían alcanzar la parte oriental de Berlín en la época del Muro. En la imagen, caseta fronteriza reconstruida frente al museo Haus am Checkpoint Charlie.

Sabíamos que la ciudad histórica había quedado en aquel lado; pero todavía recuerdo mi sorpresa al llegar a la Französische Kirche y ver cómo los monumentos próximos todavía presentaban los impactos causados por la artillería. Las ruinas eran, en aquella parte de ciudad, una constante y allí estaban los edificios que tantas veces habíamos visto en libros y revistas. Nunca supimos valorar realmente cuánto sufrió la ciudad en los últimos años de guerra: cierto que habíamos visto documentos gráficos donde se mostraban las consecuencias de los bombardeos aliados, pero sólo al asistir, años después, a la desgarradora película de Roberto Rossellini *Germania, anno zero* pude comprender la situación de la ciudad en los primeros días de mayo de 1945. Pese a todo, el visitante interesado en conocer la arquitectura berlinesa buscaba y, para su sorpresa, encontraba.

Recuerdo cómo, en mi primera visita al OstBerlín, visité el gran Grosses Schauspielhaus construido por Poelzig y pude acceder al interior de aquel sorprendente circo: las columnas expresionistas que decoraban el *fumoir*, las estalactitas que caracterizaban la sala, las pistas de acceso de los elefantes... Todo aquello tenía sentido en una ciudad todavía en ruinas. Quizá por ello, pocos años más tarde, el edificio fue absurdamente derruido y en su lugar se levantó —creo— una banal Casa del Pueblo. Daba igual tomar una dirección o andar por otra: la arquitectura que conocíamos aparecía, ante el visitante, consciente de su fuerza. No lejos de allí se podía visitar la casa-museo donde Brecht vivió los últimos años de su vida y la sorpresa venía cuando veíamos cómo el jardín de la casa era... ¡un cementerio! Es cierto

—todos lo hemos estudiado— que el cementerio en Alemania no tiene las connotaciones que tiene en la cultura latina: pero ver cómo el gran lujo de aquella pequeña vivienda era disponer como espacio de ocio y paseo precisamente de un cementerio, debo decir que extrañaba.

Hacia el sur de Friedrichstrasse se alcanzaba la Potsdamerstrasse y, próxima a ésta, la Leipzigerstrasse, el viejo

En el Este la ciudad se presentaba al visitante como una sorprendente momia donde las ruinas se mostraban con el orgullo de quien se sabe valorado y reconocido.

barrio donde los únicos comercios abiertos eran sorprendentes librerías de anticuarios donde se ofrecía al posible comprador ediciones hoy codiciadas de textos míticos, que entonces tenían un valor relativo. Pero había que verlo todo en un solo día, porque el visado (por el que se pagaba la extraordinaria cantidad de 25DM, unas 2.000 pesetas de la época) sólo era válido unas cuantas horas, debiendo volver al sector occidental al atardecer.

Había, en aquellas excusiones, un excitante valor añadido: la trama urbana de aquel Berlín apenas había variado. Los edificios de Unter der Linden; la Neue Wache trazada por Schinkel y remodelada, en los comienzos de los cincuenta, por Tessenow; la Isla de los Museos, o la más alejada Siedlung Carl Liegen eran visitas obligadas del mismo modo que lo fuera la Stalinallee, que luego (tras el XX Congreso del PCUS) cambiaría su nom-

bre por el de Karl Marx Allee. Todo, debo decir, sorprendía: pero visitar y pasear por el Oeste era también una aventura extraordinaria por el hecho de que conjuntos de similar interés (la Siedlung Britz, obra de Bruno Taut y de Martin Wagner; el conjunto de la Siedlung de la Colonia del Tío Tom, igualmente de Taut; Siemmesstadt, de Gropius, o las edificaciones de Muthesius en las inmediaciones

de Potsdam) atraían y seducían —como sucediera en la otra parte de la ciudad— por la calidad de su arquitectura.

Tardé años en volver a Berlín. Si mi primer viaje lo hice a comienzos de los setenta, cuando —casi diez años más tarde— volví a la ciudad, vi cómo tanto una parte como la otra habían cambiado de manera poco antes impensable y la ciudad era un hervidero de ideas y propuestas. Pese a todas las veces que había oído decir que la Freie Universität era sólo reducto de estudiantes-objetores antimilitares, que se refugiaban en el muy especial estatuto de la ciudad para evitar ir a filas, y que sus profesores eran, en su mayoría, docentes que entre la carrera académica y un sueldo algo más alto habían optado por esta segunda opción, la ciudad estaba en plena tensión y llena de propuestas. Así, el Berlín Occidental, convencido de que el Muro nunca caería, organizó una extraordinaria muestra de arquitectura, desarrollando lo

que se denominó la *Internationale Bau Ausstellung* (Exposición Internacional de la Construcción). Mediante dicha muestra se intervino tanto en las zonas degradadas donde los inversores privados rechazaban edificar (es decir, en la parte del casco histórico inmediata al Muro) como en las abandonadas por la burguesía a estudiantes radicales y emigrantes turcos: porque la geografía de los distintos barrios de Berlín (los históricos Moabit, Charlottenburgo, Schöneberg o los dos Kreuzberg, así como los más exclusivos Willmesdorf o Fridenau) era algo que se mantenía.

La IBA83 cambió en cierta medida la imagen de la ciudad occidental y fue, al mismo tiempo, un singular reclamo para quienes se interesaban en la arquitectura: numerosas publicaciones dieron noticia de los proyectos de Kleihues (responsable de lo que familiarmente se llamó *IBA vieja*, consistente en la rehabilitación de conjuntos degradados) del mismo modo que en la *IBA nueva* los proyectos de Grassi, Siza o Bohigas se destinaron a viviendas sociales. Sin duda, la primera experiencia tuvo una trascendencia superior a la segunda, si bien las revistas de moda de la época sólo difundieron imágenes de esta última. Pocos de los muchos que acudieron a la ciudad visitaron lo realizado en los barrios marginales y la visita a la ciudad apenas consistía en otra cosa que en recorrer lo que se consideraban iconos de la cultura de los ochenta. Y, por supuesto, pasar al Este y visitar —durante algunas horas— la ciudad prohibida.

El acceso al Este no había variado en aquellos ocho años, localizándose siempre en dos puntos: los automóviles debían pasar, obligadamente, por el Checkpoint



La actual sede del Bundestag ha sido testigo de las turbulencias de la historia alemana desde el siglo XIX hasta nuestros días. Entre 1994 y 1999 el edificio del Reichstag fue reconstruido y ampliado por Norman Foster. La nueva cúpula de cristal y acero se ha convertido en uno de los hitos de la ciudad.

Charlie y los peatones accedían desde la estación del U-Bahn de Friedrichstrasse. Si atravesar Chekpoint Charlie era lento y aburrido, llegar al Berlín Oriental mediante el U-Bahn que, partiendo del Zoo, atravesaba las edificaciones construidas para la IBA de 1957 era un viaje sorprendente. Durante el trayecto podíamos ver, al estar el tendido de aquel ferrocarril a cierta altura respecto al suelo, la realidad del Muro, de un muro que cada día fue haciéndose más perverso. Desde 1961 y hasta 1989 el Muro cambió y se transformó, pasando de ser una temida *tapia alta* a convertirse en una cicatriz de muerte. Si en un principio se dieron situaciones como la de aquel policía oriental que optó por Occidente, bastándole para ello con saltar una endeble alambrada, al poco tiempo el Muro se hizo más complejo, convirtiéndose en un doble muro entre el cual existía una vigilada zona de nadie. De esa manera, quien pretendiese escapar al sector occidental estaba obligado no sólo a saltar el primer muro sino también a atravesar dicha zona (vigilada, de tanto en tanto, por torres de observación) y volver a saltar un segundo muro. Y todo esto era visible, nada más pasar el río, desde el ferrocarril metropolitano que unía las partes de la ciudad.

Aterrado con estas imágenes uno llegaba a la Estación de Friedrichstrasse, donde todos debíamos bajar. Recuerdo las colas que los turistas estábamos obligados a realizar para obtener el visado; recuerdo igualmente aquel laberíntico subterráneo con paredes recubiertas de gresite amarillo limón, del mismo modo que es difícil olvidar el comportamiento de aquella policía uniformada con botas de caña y pantalones abombados que registraba,

inquiría y revisaba una y otra vez aquel pasaporte que a algunos tanto nos había costado obtener. Y superados los trámites, la sorpresa al ver una ciudad que, poco a poco, se rehacía y recomponía.

El Berlín Oriental de 1983 nada tenía ya que ver con la ciudad que viera a mediados de los setenta: las ruinas habían casi desaparecido y por las calles (funda-

mentalmente en las inmediaciones de Alexanderplatz) era posible ver a turistas orientales —los que, sospechábamos, eran campesinos búlgaros, burócratas chinos o emigrantes cubanos— que contemplaban asombrados lo que para ellos era símbolo de desarrollo y riqueza en el bloque oriental. Los restaurantes populares se habían multiplicado y mostraban una asombrosa actividad, del mismo modo que los occidentales que visitábamos la ciudad quedábamos sorprendidos al ver cómo en aquel centro de ciudad las tiendas de consumo se habían sustituido por librerías, agencias de turismo de países del Este o tiendas de óptica, desde donde la Carl Zeiss (de Erfurt) difundía su producción.

Pero en 1989 cayó el Muro y se produjo la nueva unificación alemana. Se me hace difícil creer que, por la presión popular, los temibles VOPOs decidieran permitir, la noche del 9 de noviembre, el paso de la población del Este al sector Oeste. Fue una noche sorprendente, no sólo porque

familias divididas volvieron a encontrarse sino porque el afán consumista de aquella población se volcó sobre las contadas tiendas todavía abiertas, comprando compulsivamente plátanos y naranjas, cuando no visitando los innumerables *pruff* (burdeles) existentes en la ciudad. Y luego meses de desconcierto y sorpresa, cuando los habitantes de una y otra parte tomaron con-

Fue aquel un 'tiempo corto', cuando los concursos de arquitectura se sucedían uno tras otro, premiándose soluciones y propuestas nunca llevadas a término.

ciencia de cómo a corto plazo iban a ser, todos ellos, ciudadanos de un mismo país. Fue aquel un *tiempo corto*, cuando los concursos de arquitectura se sucedían uno tras otro, premiándose soluciones y propuestas nunca llevadas a término. Se editaron numerosas publicaciones dando cuenta de cuál iba a ser el futuro de la nueva ciudad, pero al poco de salir quedaban olvidadas por quienes las habían propiciado; fue el momento en que el capital inmobiliario se abalanzó sobre un mercado que desconocía por completo el valor de sus propiedades. Excepcionales viviendas de Potsdam u Oranienburg se vendieron a precios ridículos y, del mismo modo, muchos de los *alternativos* vecinos de Kreuzberg optaron por abandonar su barrio y comprar una vivienda en alguno de los caserones del oriental (y más económico) Prenslauerberg. Y aquellos escándalos (reiteradamente aireados por la prensa) fueron otro de los argumentos utilizados para marcar aún más el distanciamiento y

recelo existente entre los berlineses occidentales (los llamados *wesis*, o habitantes del *West*) y los berlineses del sector oriental, también llamados *osis*.

En brevísimo plazo, la alegría que produjo entre los habitantes de una y otra parte de Berlín la Reunificación dio paso a increíbles sentimientos de desconfianza y recelo. Los berlineses orientales empezaron a ver a sus hermanos occidentales como capitalistas dispuestos a exprimirlos y aprovecharse de ellos; a su vez, los occidentales vieron a sus hermanos orientales como patanes sin cultura, capaces de perder medio día de su tiempo con tal de economizar céntimos en la compra de cualquier producto menor. La tensión y el recelo dio paso al desprecio y pronto se publicaron, en revistas satíricas, tiras de dibujos en los que unos ridiculizaban cruelmente a los otros, emitiéndose al poco, en uno de los canales de la televisión occidental, un programa en el que *wesis* y *osis* eran inmisericordemente ridiculizados. Los chistes sobre unos y otros fueron especialmente crueles, provocándose situaciones y tensiones que el tiempo todavía no ha borrado. Se daba el caso, además, de que pronto el capital occidental compró las recién privatizadas fábricas del Este y, lejos de potenciar las mismas, en numerosos casos procedió... a desmantelarlas (eliminar competencia), forzando a sus habitantes a cambiar sus costumbres y comprar productos fabricados en la Alemania Occidental pero también, y sobre todo, mandando al paro a quienes hasta entonces trabajaban en ellas. (continúa)